

Capítulo VIII

PACOCHA - MOQUEGUA

Durante el tiempo que el primer batallón ocupó Tocopilla expedicionó al Toco, y el penúltimo día de diciembre se embarcó y efectuó una rápida expedición a Pacocha y Moquegua, al mando del coronel don Aristides Martínez, que llevaba entre sus ayudantes al comandante de ingenieros militares don Federico Stuen.

Al llegar el vapor a Pacocha antes de amanecer, a fin de que los peruanos no se dieran cuenta de que se intentaba desembarcar, el comandante Stuen con unos pocos hombres del Lautaro desembarcó por donde nadie pensaba y cortó el telégrafo. En seguida lo efectuó el Lautaro por el muelle sin encontrar resistencia.

En la estación del ferrocarril se encontraron varias locomotoras a las que faltaban diferentes piezas. Un sargento del Lautaro, de oficio mecánico, que se puso a las órdenes del comandante Stuen, con varios soldados, también mecánicos, revolviendo la maestranza las encontraron, y se procedió a alistar dos locomotoras.

En ese intervalo ocurrió una lamentable desgracia.

Al descargar las armas, que en previsión se había ordenado cargar cuando se desembarcó, a un soldado se le salió el tiro y mató a un sargento de

apellido Domínguez, joven y muy estimado de los jefes.

Al autor se le mandó a bordo, y se le siguió un sumario, comprobándose que el hecho fue casual.

Como a las dos horas de desembarcar, el Lautaro ocupaba dos trenes, el primero dirigido por el comandante señor Stiven, cayó de sorpresa sobre Moquegua.

Fue tan inesperado el arribo a la ciudad, que varias familias peruanas que supieron la llegada de un regimiento, creyéndolo peruano, fueron a darles la bienvenida, desmayándose varias señoras y niñas al notar la equivocación.

Al día siguiente, a media tarde, emprendió la pequeña columna el regreso a Pacocha en los mismos dos trenes en que había venido.

Se había andado como una hora y el primer tren se desrieló en una curva al lado de un precipicio. Habían sacado los peruanos dos rieles, que afortunadamente dejaron cerca, creyendo sin duda que el tren rodaría al precipicio. El comandante Stiven comenzó la tarea de reparar la vía, y cuando el sol comenzaba a declinar, se continuó la marcha.

En la próxima estación, donde las locomotoras debían tomar agua, el enemigo había vaciado el estanque e inutilizado la bomba sacándole piezas importantes.

Se ordenó que salieran patrullas a tomar a todas las personas que encontraran y a poco llegaron con varios peruanos y chinos. Cuando estuvieron en la presencia de los jefes, se les dijo que si no aparecían pronto las piezas de la bomba, todos serían fusilados.

Momentos después se presentó un fornido chino y dijo que él indicaría dónde estaban, pero a condición de que se le hiciera soldado de nuestro regimiento. Se accedió a su pedido, y como dijera llamarse sólo Aján, se le hizo comprender que debía

tomar un nombre y eligió el de Ignacio, en honor del capitán don Ignacio Díaz Gana.

Reparada la bomba se continuó la marcha a Pacocha, sin otra novedad. En este puerto se inutilizaron las locomotoras y se retornó a Pisagua, consiguiéndose el objetivo de la expedición que era imponerse de cómo estaba el ejército peruano por esos lados.

Vicuña Mackenna denomina a esta acción: "Expedición a Ilo y Calaverada a Moquegua".

El chino Aján, que tan importante servicio prestó al Lautaro en la expedición a Moquegua, fue uno de los mejores soldados del regimiento, hizo la campaña hasta el fin e intervino en todas las acciones de guerra en que el Lautaro tomó parte.

Tenía una especialidad: la de buscar y conducir al cuartel a los faltos a listas. Cada vez que se daba suples al regimiento faltaban a lista muchos soldados, y como Aján nunca faltó ni se embriagaba y tenía mucha fuerza, siempre se le designaba para la comisión de llevar al cuartel a los que faltaban, que ordinariamente se encontraban ebrios. Por porfiados que fueran tenían que doblegarse ante Aján, pues los tomaba de un brazo y no los soltaba hasta dejarlos en el cuartel.

De vez en cuando lo suelo ver, muy anciano ya y casi ciego; y siempre se presenta con sus viejos camaradas a los actos públicos a que concurren los veteranos, de quienes es muy estimado.

Ya no teníamos como comandante al coronel Muñoz. Estando en Tocopilla con el primer batallón, se le destinó a reemplazar en el comando del segundo de línea al héroe mártir Eleuterio Ramírez, y a reorganizar al regimiento que quedó aniquilado en Tarapacá. Al Lautaro vino de comandante el coronel don Orozimbo Barboza, quien se hizo cargo del regimiento en Pacocha, puerto del depar-

tamento peruano Moquegua; donde se estaba concentrando a gran parte del ejército.

El caserío del puerto tenía edificación insignificante, de manera que el alojamiento fue pésimo.

A mi regimiento le correspondieron una serie de pequeñas y sucias casitas y algunas carpas, a uno y otro lado de una calle que quedó como patio, donde formaban las compañías para pasar lista y otros actos del servicio.

Los oficiales ocupaban, naturalmente, las mejores; pero debían acomodarse los de cada compañía en una sola pieza, y destinar otra para comedor de los que estaban arranchados juntos. Uno de los asistentes hacía de cocinero y pedía en crudo las raciones de todos.

Lo que mortificaba mucho eran las moscas y zancudos.

Imagínese una alta cifra de millones, multiplíquese por otra parecida, y se tendrá una idea aproximada de las moscas y zancudos de Pacocha.

Para comer había que ir haciendo a un lado las que había en el plato, no tirarlas, pues entonces nada habría quedado en él...

Y ni la tropa ni los oficiales murmuraban...

Todos procuraban mantener el buen humor...

En este pueblo recibí la jineta de sargento segundo. Ya he dicho que a instancias del coronel Muñoz dí examen de sargento y salí aprobado, y que por no haber entonces vacantes ordenó a los capitanes que me promoviesen en la primera que se produjese.

Un día el capitán de la segunda compañía del segundo batallón, don José Miguel Vargas, que era amigo de mi padre, me preguntó si quería pasar a su compañía, de sargento segundo. Aunque tenía motivos de gratitud para con todos los oficiales, clases y soldados de la tercera compañía, donde había comenzado mi servicio y sentía separarme de

ellos, acepté el ascenso y traslado. Afortunadamente fui bien recibido en mi nueva compañía.

Poco después de la ocupación de Pacocha, parte del ejército avanzó a pie hasta Moquegua, con tan grandes penalidades que el jefe estimó necesario hacer disparos de artillería para conseguir que la infantería no se dispersase, como lo había intentado en busca de agua.

En el valle de Moquegua se produce una excelente uva, con la que se fabrica un vino semejante al oporto y al jerez.

Una tarde el subteniente de mi compañía don Clodomiro Hurtado, me llamó a su pieza donde estaba reunido con otros oficiales, y me ordenó escribir unos documentos instalándome en una pequeña mesa.

Un amigo de Moquegua le había regalado un barrilito de vino, estaban probándolo y me obsequiaron con una copa preguntándome que tal lo encontraba. Les respondí que nunca había tomado un vino tan agradable, que parecía miel con aguardiente. Varias veces interrumpieron mi trabajo ofreciéndome más vino, que yo aceptaba gustoso...

.....
Desperté en mi cama con gran dolor de cabeza, el cuerpo adolorido y la boca pegajosa...

Llamé al cabo de cuartel, quien me informó que eran como las diez de la mañana, que la compañía estaba en ejercicios, y que el cabo de cuartel saliente me había entregado como arrestado...

Comprendí entonces mi situación, ¡me había embriagado!...

Yo no recordaba sino que había estado en la pieza de los oficiales escribiendo, y que en ella había tomado un exquisito vino.

Cuando llegó el regimiento de ejercicios un oficial de otra compañía me hizo llamar, y con gran solemnidad me anunció que se le había nombrado

fiscal para procesarme por desertor al frente del enemigo y desacato al subteniente Hurtado.

Comprendí la jugarreta que se me quería hacer, y para divertirlos y divertirme me hice el desolado; y presté y firmé declaraciones, ratificaciones, nombre defensor, etc.; y hasta concurrí como reo a un Consejo de Guerra formado por varios oficiales.

Por esos días se efectuó una rápida expedición a Mollendo, al mando del coronel Barboza, compuesta de una parte del Lautaro y del 3º de línea.

Yo no tomé parte en ella, pero a su regreso, que lo fue pocos días después, oí relatar a los que la hicieron las incidencias del desembarco y breve ocupación de ese puerto.

Los arequipeños creyeron sin duda que esas fuerzas eran las avanzadas del ejército que marchaba sobre Arequipa. En todo caso, quedaron desconcertados, lo que, supongo, fue el fin perseguido por el general, como también explorar sus posiciones y defensas.

Me ocurrió en ese pueblo un incidente, que, aunque nimio, lo relato, pues siempre que lo recuerdo me produce agrado, aunque entonces me produjo gran confusión.

Nos habían dado un suple de diez pesos.

Después de mucho cavilar y de recorrer la parte del pueblo donde estaban sus habitantes y sus comercios, buscando algo que comprar, sólo me llamó la atención una exquisita chancaca de Paita.

Pregunté el precio, me indicaron uno que estimé barato, y pedí que me vendieran los diez pesos que tenía.

Pero yo entendí que el precio era por cada trocito redondo, tan exquisito la había encontrado, y resultó que me habían dado el precio de un mazo de pancitos.

Cuando me fueron alineando en el mostrador gran cantidad de mazos, comprendí mi equivocación.

ción, pero no me atreví a confesar mi error, y cargué con toda la chancaca.

Casi todos los oficiales, y hasta el coronel Barboza, fueron a la carpa que yo ocupaba a preguntarme si era buena, si la había comprado para revenderla y otras bromas.

A fines de abril volvimos a embarcarnos sin saber dónde desembarcaríamos, pero sin ignorar que el objetivo era tomar Tacna y Arica.